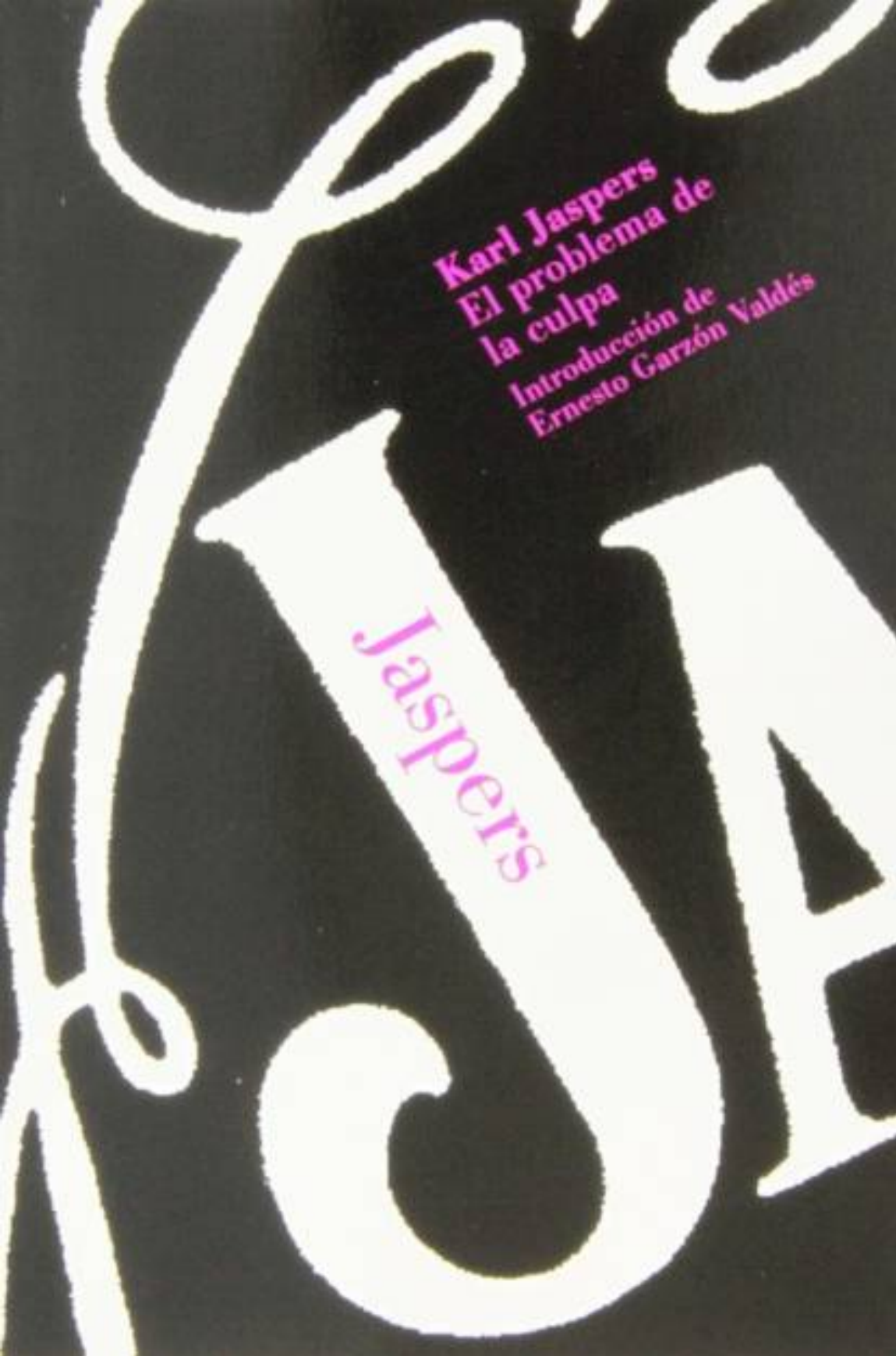


**Karl Jaspers**  
**El problema de**  
**la culpa**

Introducción de  
Ernesto Garzón Valdés

**Jaspers**



En la Universidad de Heidelberg, durante los meses de enero y febrero del semestre de invierno de 1945-1946, Karl Jaspers dictó un curso sobre «la cuestión de la culpa y la responsabilidad política de Alemania» cuyo texto se publica en este libro. La distinción que Jaspers introdujera entre culpa penal, moral, política y metafísica constituye un fecundo punto de partida para el análisis de los problemas filosófico-políticos que plantea el paso de la dictadura a la democracia. Desde una perspectiva individualista, ajena a toda sustancialización holística de entes colectivos, Jaspers testimonia en este ensayo su fe en la razón y su rechazo de todo tipo de mesianismo político, que fatalmente conduce a la destrucción de la autonomía personal y de la dignidad humana.

## Índice de contenido

Filosofía, política y moral en karl jaspers

Prólogo

Introducción a la serie de lecciones sobre la situación  
espiritual en alemania

El problema de la culpa

A. Esquema de las distinciones

1. Cuatro conceptos de culpa

Consecuencias de la culpa

3. La violencia. El derecho. La gracia

¿Quién juzga y qué o quién es enjuiciado?

5. Defensa

B. Las preguntas alemanas

I. La diferenciación de la culpa alemana

1. Los crímenes

La culpa política

3. La culpa moral

4. La culpa metafísica

5. Resumen

II. Atenuantes posibles

1. El terrorismo
2. Culpa y contexto histórico
- La culpa de los otros
4. ¿Culpa de todos?

### III. Nuestra purificación

1. Sustraerse a la purificación
2. El camino de la purificación

Epílogo de 1962 a El problema de la culpa

Sobre el autor

Notas

## Introducción

# FILOSOFÍA, POLÍTICA Y MORAL EN KARL JASPERS

En la Universidad de Heidelberg, durante los meses de enero y febrero del semestre de invierno, 1945-1946, Karl Jaspers dictó un curso sobre «la cuestión de la culpa y la responsabilidad política de Alemania». Pocos meses más tarde estas lecciones se publicaban en forma de libro simultáneamente en Zurich y Heidelberg.<sup>[1]</sup> Este era su cuarto escrito sobre temas político-filosóficos después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial.<sup>[2]</sup> Con ellos iniciaba una serie de ensayos sobre temas de la actualidad política alemana que continuaría hasta su muerte en 1969 y que confirmarían el veredicto que Ludwig Curtius pronunciara ya en 1933:

Quando me pregunto por los pocos hombres que pudieran ser llamados la conciencia moral de Alemania, pienso que Karl Jaspers es uno de esos pocos, y aun quizás el único<sup>[3]</sup>.

A primera vista, podría pensarse que esta preocupación por lo político significaba un abandono de la reflexión estrictamente filosófica para ingresar en el ámbito de lo cotidiano a través de ensayos dirigidos a la opinión pública de un país que acababa de vivir el período más siniestro de su historia bajo el régimen criminal del nacio-

nalsocialismo. Es sintomático, podría aducirse, que en el último libro publicado antes del advenimiento de la dictadura, *Die geistige Situation der Zeit* (volumen 1.000 de la Colección Göschen editado por Walter de Gruyter & Co. en 1931 y traducido al castellano bajo el no muy feliz título de *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*<sup>[4]</sup>, no se hiciera ninguna referencia al nacionalsocialismo que comenzaba ya a jugar un papel decisivo en la vida política alemana. Es verdad, admitiría este argumento, que en una nota a la cuarta reimpresión de la quinta edición, fechada en Heidelberg en febrero de 1946, Jaspers había explicado esta omisión:

Yo no tenía entonces casi ningún conocimiento del nacionalsocialismo, algo más sabía del fascismo. Con la satisfacción de haber terminado el manuscrito quedé sorprendido y asustado ante el primer éxito electoral de los nacionalsocialistas en septiembre de 1930. Guardé el manuscrito durante un año pues no quería darlo a publicidad antes de que apareciera mi *Filosofía* en tres tomos en 1931, pocas semanas después que se publicara este libro<sup>[5]</sup>.

Pero el argumento central seguiría en pie y también podría señalarse que hasta el advenimiento del nacionalsocialismo Jaspers había sido una persona «apolítica»:

Ni durante la Primera Guerra Mundial ni después hablé de cuestiones políticas en mis clases o escritos. Tenía un cierto recelo porque no había sido soldado. Pues en la política se trata de la seriedad del poder que se funda en la entrega de la vida. Me faltaba esa legitimación. El recelo fue disminuyendo con la edad. Sobre todo porque en los años veinte vi el manifiesto fracaso de lo militar<sup>[6]</sup>.

La vivencia personal de la dictadura habría sido el origen del vuelco hacia lo político: en 1933 Jaspers había sido excluido de la administración universitaria; en 1937 se le prohibió ejercer la docencia y en 1938 publicar sus escritos: «La experiencia fundamental fue (entonces) la pérdida de la garantía jurídica en el propio Estado»<sup>[7]</sup>.

Después de la guerra, Jaspers describiría así aquel tiempo de sujeción autoritaria:

Yo he experimentado con mi mujer internamente esta amenaza de la existencia física, sin podemos defender, durante largos años. Externamente salimos ilesos. El transporte (al campo de concentración, E. G. V.) estaba fijado [...] para el 14 de abril de 1945. [...] El 1 de abril, Heidelberg fue ocupada por los norteamericanos. Un alemán no puede olvidar que él y su mujer deben la vida a los norteamericanos contra los alemanes que en nombre del Estado alemán nacionalsocialista querían destruirlos<sup>[8]</sup>.

Dadas estas experiencias vitales, el interés de Jaspers por la política habría sido, pues, una reacción humanamente comprensible pero circunstancial que no podría inferirse sin más de su pensamiento filosófico. Por otra parte, su contribución al ámbito de lo político habría sido harto precaria ya que habría sido un moralista alejado de la realidad cotidiana, un neorromántico político sin mayor interés por el funcionamiento de las instituciones y los partidos en la democracia y con un escaso conocimiento de la complejidad de los procesos de decisión política<sup>[9]</sup>.

Es obvio que si la tesis del carácter puramente biográfico accidental de la preocupación de Karl Jaspers por lo político fuera correcta, entonces ensayos como el de la culpa y la responsabilidad alemana tendrían un carácter más bien anecdótico que podrían interesar, en el mejor de los casos, solo a sus biógrafos o a politólogos e historia-

dores dedicados a la investigación de un determinado período de la historia alemana. Creo que la tesis es falsa si se la interpreta literalmente y que el interés de Jaspers por la política responde a una auténtica preocupación filosófica, es decir, la búsqueda de una vía adecuada para acercarse a la verdad. Pero la tesis podría ser correcta en una versión más matizada, o sea, si se sostiene que lo que ella afirma es que la experiencia del nacionalsocialismo colocó a Jaspers en una situación límite que le obligó a repensar el papel de lo político en todo pensamiento filosófico y no solo en el suyo propio. Para mostrar que tal es el caso en lo que sigue habré de considerar; a) la relación entre filosofía y política; b) la vinculación entre política y ética para, finalmente; c) detenerme en la relación entre culpa y responsabilidad en el pensamiento de Jaspers.

## **1. Filosofía y política**

Es verdad que la aberración moral del nacionalsocialismo, el fracaso de la razón como orientadora del comportamiento humano y la actitud complaciente del mayor filósofo alemán del siglo XX, Martin Heidegger (fascinado por las «maravillosas manos» de Hitler)<sup>[10]</sup>, frente a un régimen que se había propuesto la depuración ideológica y étnica a través de la quema de libros, la expulsión de profesores «racialmente contaminados» y la eficacia mortal de los campos de concentración, fueron posiblemente los factores desencadenantes de una manifiesta preocupación por la relación entre filosofía y política en Karl Jaspers:

En este decenio (1933-1945) me comenzó a dominar una intelección que desde hace milenios era obvia y que por solo un momento se había olvidado: no hay filosofía sin consecuencias políticas. [...] Nin-



guna gran filosofía carece de pensamiento político, ni siquiera la de los grandes metafísicos, en modo alguno la de Spinoza que hasta llegó a la participación activa, espiritual, eficaz. [...] Lo que es una filosofía se muestra en su manifestación política. Esto no es algo secundario sino que tiene importancia central. No es casual que el nacionalsocialismo y el bolchevismo vieran en la filosofía a su mortal enemigo.

Me pareció experimentar que solo cuando me sentí captado por la política alcanzó mi filosofía una conciencia plena que llega también hasta el fundamento de la metafísica. Desde entonces pregunto a todo filósofo acerca de su pensar y hacer políticos [...][11]

La conexión recíproca entre filosofía y política sería constitutiva y esencial:

Considero que es falsa la separación del pensamiento filosófico, como un pensamiento especulativo, fantasioso, utópico (con un, quizás, encanto propio), del pensamiento de la realidad, que aquel no tendría nada que ver con ella. [...] El estadista actúa y piensa qué es lo necesario en el momento actual y tiene responsabilidad por las consecuencias prácticas. El filósofo piensa no solo en lo actual y no actúa. Analiza las posibilidades y tiene responsabilidad por la seriedad del camino que conduce a la verdad. Su opinión no tiene ningún peso con respecto al actuar cotidiano, pero tanto mayor es su responsabilidad por el mundo de concepciones que trae consigo, por las consecuencias en la forma de pensar políticamente, por los objetivos en su conjunto[12].

Repito: La tesis de la conexión entre filosofía y política es tan esencial que se puede decir que si la una falta la otra tampoco está[13].

La vinculación entre filosofía y política resultaría no solo del hecho de que ambas afectan la existencia humana en su totalidad sino también de la necesidad de su complementación recíproca: una política desprendida de una filosofía de la razón sería «ciega» y una filosofía que pretendiera prescindir de la política para la orientación de la persona en el mundo sería «vacía»<sup>[14]</sup>

El modo de pensar se manifestaría también en la forma de actuar de los políticos. Básicamente podrían distinguirse, según Jaspers, dos tipos de políticos: el *simple político* y el verdadero *hombre de Estado*. Los simples políticos se afanan en seguir, aun en contra de sus propias convicciones, a un hombre señalado por el prestigio público [...] tienen por suficiente al entendimiento sin la razón<sup>[15]</sup>.

Si se acepta, como creo que es correcto, que en un sistema democrático los políticos (y también los ciudadanos) deberían actuar no solo de acuerdo con sus intereses inmediatos sino también de acuerdo con lo que consideran correcto, es decir, de acuerdo con sus propias opiniones, el simple político es la negación del ciudadano democrático: renuncia a su propia opinión e ingresa en un círculo vicioso de autorremisión de sus opiniones a las de otros quienes, a su vez, si son también simples políticos, tampoco las tienen:

parece querer porque otros quieren, porque él piensa que ellos quieren, y porque se orienta según aquellos que por sí mismos no saben lo que quieren, porque todos opinan que los otros quieren<sup>[16]</sup>.

Vistas así las cosas, el simple político estimula la esquizofrenia de la enajenación y elude la responsabilidad de asumir las consecuencias de sus actos; atiende solo al éxito del momento, que según él consistiría en hacer lo que los otros hacen, y se comporta por ello como un oportunista. Recurriendo a una terminología actual, podría decir-

se que el simple político es un maximizador situacional de beneficios y, por lo tanto, la antítesis del hombre moral, dispuesto a sacrificar el beneficio circunstancial en aras del cumplimiento de una regla éticamente relevante<sup>[17]</sup>.

La contrafigura del simple político es el auténtico político, al que Jaspers llama también «el político razonable». Este sabe que toda actividad política tiene que estar subordinada a lo «suprapolítico», a un *ethos* moral que le prohíbe manipular la opinión pública y degradar la ciudadanía a la categoría de masa complaciente. Se guía por la razón y asume la responsabilidad plena que le cabe en el ejercicio del poder. El político razonable no es el dirigente carismático que estaba presente en *La situación espiritual de nuestro tiempo* y que pudiera ser interpretado como una versión dictatorial de la idea de un liderazgo de tipo weberiano. Es tan solo el representante de la gente razonable; no hay en él elemento alguno de decisionismo político sino una convergencia del «pensar profundo y del obrar concreto»<sup>[18]</sup> Esta es justamente la forma cómo puede lograrse una armonía recíproca entre realidad existencial y realidad política, es decir, entre la forma de pensar filosófica y la política. Cuando esta armonía falta, el pensamiento «presuntamente realista se olvida del hombre mismo» y descuida «la realidad de la verdadera naturaleza humana»<sup>[19]</sup>

Esto no significa que Jaspers propicie un gobierno de filósofos de estilo platónico; ello implicaría una desmedida valoración de los filósofos. Por el contrario, la concepción de Jaspers es muy similar a la propuesta por Kant en su ensayo *Sobre la paz perpetua*.

No es de esperar que los reyes filosofen o que los filósofos sean reyes; tampoco es deseable ya que la posesión del poder corrompe inevitablemente el libre juicio de la razón. Pero que los reyes [...] no hagan desaparecer o enmudecer a la clase de los filó-

sofos sino que los dejen hablar públicamente [...] es indispensable para la aclaración de sus asuntos [...] **[20]**.

De lo que se trata es de establecer un diálogo permanente entre el filósofo y el político de forma tal que cada cual asuma sus responsabilidades específicas y se complementen recíprocamente:

El hombre de Estado tiene que poder callar; el filósofo debe hablar sin restricciones. [...] El filósofo, de acuerdo con su naturaleza, piensa en calma sus ideas políticas [...] Al hombre de Estado se le hace sumamente difícil cuando quiere ser verdadero y le parece que aún no se lo permite la situación<sup>[21]</sup>.

Aquí está también presente una de las ideas centrales de la filosofía de Jaspers: la de una auténtica comunicación entre iguales. Esta comunicación, si es que ha de estar guiada por la razón y no por un mero entendimiento instrumental, tiene que estar imbuida de un espíritu crítico, es decir, antiautoritario. Ello requiere un proceso de toma de conciencia de los peligros de toda dictadura para el desenvolvimiento cabal de la personalidad. La situación límite del nacionalsocialismo habría impuesto la necesidad de reflexionar seriamente sobre la enajenación de la dignidad humana que trae consigo un régimen dictatorial. Al igual que Kant, Jaspers consideraba que la esencia de la dignidad humana reside en el atreverse a pensar por uno mismo y superar el «tutelaje autoimpuesto». Ello explica la desconfianza inicial de Jaspers ante la decisión de los aliados occidentales de imponer «desde arriba» una Constitución democrática a un pueblo que, de la noche a la mañana, debía volverse «democrático» con la ayuda de políticos, muchos de ellos corruptos, que habían demostrado su incapacidad para evitar el advenimiento del nacionalsocialismo. Según Jaspers, a las potencias de ocupación les incumbía la tarea de educar al pueblo alemán a

fin de que «desde abajo» fuera surgiendo una auténtica democracia. En un diálogo con un oficial norteamericano, habría expresado esta preocupación:

El norteamericano me respondió: «Quizá tiene usted razón; hasta creo que la tiene. Pero así no andan las cosas. Primero, nuestro pueblo no quiere una administración colonial. [...] Segundo, tampoco lo podemos hacer a causa de los rusos. No podemos darles el ejemplo de una administración colonial que les serviría de justificación para hacer lo mismo en Alemania Oriental, solo que con otra intención y mucho peor»<sup>[22]</sup>.

Jaspers aceptó en principio estos argumentos pero siguió insistiendo en el peligro de que la mentalidad de súbdito, que había caracterizado al alemán medio durante los doce años del régimen de Hitler, siguiera imperando en la nueva República Federal de Alemania. Compartía, en este sentido, la opinión de no pocos politólogos de su tiempo<sup>[23]</sup> y también de intelectuales como Heinrich Böll, Wolfgang Borchert y Herbert Marcuse. Con este último coincidía en su diagnóstico pesimista pero, a diferencia de Marcuse, consideraba que el cambio de la cultura política alemana no habría de lograrse a través de la vía de la violencia revolucionaria sino de reformas paulatinas similares a las propuestas por Karl Popper en su crítica al historicismo.

Estas reformas requerían también la adopción de esquemas institucionales que asegurasen una formación espontánea de la voluntad popular, es decir, un reforzamiento de una democracia de base, tal como la que décadas después sugiriera la llamada «Nueva Izquierda».

Pero, si el nacionalsocialismo había significado la instauración de una situación límite en el pasado, el presente y el futuro estaban amenazados por el peligro de la des-

trucción total de la humanidad a raíz de un desarrollo técnico que había hecho posible la creación de medios de destrucción total. La era atómica colocaba al ser humano en una nueva situación límite. Ya no se trataba de una situación específicamente nacional sino que ella valía para toda la humanidad. Se había llegado a lo irracional por excelencia. Sin una apelación a la razón, a la razonabilidad del hombre, la era atómica podía desembocar en dos alternativas fatales: o la destrucción masiva de la humanidad o la instauración de una dictadura mundial. Esta situación límite exigía reflexionar sobre el destino existencial del ser humano y ponía de manifiesto la necesidad de no descuidar la vinculación del pensamiento filosófico con la actuación política. Solo a través del ejercicio de la razón podría llegarse a una solución política correcta, es decir, razonable. Por ello, el fracaso de la razón en una situación límite como en la que se encuentra la humanidad a causa del peligro atómico significaría no solo la adopción de una política equivocada por ineficiente sino la eliminación de todas las posibilidades de vida. En la concepción de Jaspers, la reflexión filosófica podría convertir la actividad política en comportamiento razonable. La aceptación de la guía de la filosofía no significaba obedecer irreflexivamente los dictados de una supuesta razón superior: el «aire puro de la razón no debe ser confundido con la vida misma». Desde luego, alguien podría objetar que este «aire puro de la razón» está reservado a unos pocos, a los hombres verdaderamente libres, y que las masas estarían orientadas tan solo a la satisfacción de sus deseos inmediatos. La respuesta de Jaspers a esta posible objeción es categórica:

Esta objeción sería verdadera solo si no hubiera una cadena de comunicación desde las más altas cumbres de la libertad filosófica a cada persona en tanto tal. Aquellas cumbres son solo bajas montañas

bajo un cielo infinito. En cada corazón humano existe la posibilidad de elevarse hacia ellas. Solo una filosofía que, desconociendo su propia limitación, perdiese la comunión interna con las personas y encontrara una egoísta satisfacción en la riqueza de una pseudoaristocrática cultura podría estar expuesta a esta objeción<sup>[24]</sup>.

Esta «elevación» hacia la propia reflexión es una liberación del servilismo del tutelaje intelectual y, por ello, significa también un acrecentamiento de la propia libertad. Y, dado que el ámbito de la política es el lugar donde se ejercita la libertad en la convivencia con las demás personas, al estimular la libertad, la reflexión filosófica tiene un carácter eminentemente político. La renuncia a la razón, es decir, la adopción de una actitud antifilosófica,

prepara a los hombres para la servidumbre política. Ahoga el conocimiento acerca de la libertad en las inclinaciones por lo mítico. Adiestra para refugiarse en el ámbito inaceptable de la creencia irracional. [...] Renunciando a la razón, inadvertidamente se renuncia también a ser libre. Uno está preparado para cualquier totalitarismo y sigue juntamente con el rebaño al camero que guía al desastre, al crimen y la muerte deshonrosa<sup>[25]</sup>.

Para decirlo con una frase lapidaria de Jaspers: «La filosofía es en sí misma política»?<sup>[26]</sup>.

En una conferencia radiada pronunciada en octubre de 1956 bajo el título «La bomba atómica y el futuro de la humanidad»<sup>[27]</sup>, Jaspers, partiendo de la idea de la democracia, intentó mostrar las posibilidades de la reflexión filosófica para formular propuestas que permitan evitar la catástrofe. La idea básica es la superación del «estado de naturaleza» imperante a nivel internacional, en donde los